

templo y los sanó. Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que habia hecho, y á los muchachos que á gritos decían en el templo: Hosanna al Hijo de David, se indignaron y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen estos? Dijoles Jesús: Sí. ¿Nunca habeis leído aquellas palabras: De la boca de los niños y de los que maman sacaste alabanza perfecta? Y dejándolos, se salió fuera de la ciudad á Bethania, y allí hizo morada.



CAPITULO XXI.

MALDICE EL SEÑOR UNA HIGUERA PORQUE NO HALLÓ FRUTO EN
ELLA; PARABOLA DEL GRANO DE TRIGO, Y DE EL DESTRONAMIENTO
DEL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO.

Liegó la tarde de aquel dia que habia pasado el Señor dando santos y saludables consejos, no solo á sus apóstoles y discípulos, sino á todos los concurrentes al templo, y muy particularmente á los escribas y fariseos, que abrasados de envidia meditaban sin cesar el modo como habian de deshacerse de la persona del Maestro divino; y habiendo registrado cuidadosamente el templo y observado por todas partes á ver si se cometia en él algun desorden, viendo que se acercaba la noche y que nadie le ofrecia su casa en todo Jerusalem, resolvió castigarla apartándose de ella; porque en verdad es un castigo durísimo la separacion de Jesús, aunque sea momentánea y por poco tiempo. Volvióse prontamente con sus discípulos á Bethania, en donde comió muy poco, pero sin permitirse descansar ni hacer larga mansion en aquel lugar; pues al otro dia muy por la mañana salió de allí y emprendió otra vez el camino de Jerusa-

len, acompañado de sus discípulos. Como este día era el último destinado para la instrucción de cuantos le seguían, se aprovechó de todos los momentos y ocasiones para darles los documentos más interesantes.

Poco tiempo después de su salida de Bethania, vió desde lejos una higuera plantada á la orilla del camino, cubierta de pomposas hojas, pero sin fruto alguno, y se encaminó hácia ella. Su intento al parecer era el de coger algun fruto, aunque en realidad no era tiempo oportuno de tenerle; y viendo que efectivamente no lo tenía, se manifestó como sentido y enojado contra el árbol infructífero; y volviéndose á él, en tono que le oyeron los discípulos y cuantos le seguían, dijo: *Nunca jamás nazca fruto de tí alguno desde ahora y para siempre; nadie coma de tí fruto jamás:* y al momento se secó, aunque no se conoció repentinamente aquel estrago, por haber quedado con hojas hasta el otro día por la mañana. La higuera á quien echó el Señor esta terrible maldición, era figura de la Sinagoga, que aun en sus últimos tiempos conservaba el exterior de piedad y las ceremonias de la religion; estas eran las hojas de que estaba el árbol adornado, pero no llevaba fruto; y por tanto, sin efecto alguno había predicado el Señor, y predicaba aun á la vista de los escribas, fariseos, doctores y sacerdotes; y comido su corazón de celo por la salud de los hijos de Israel, maldijo el árbol infructuoso vacío de frutos de justicia y de toda especie de virtud, el que con su sombra impedía también á los demás que creyesen en el Señor y que los diesen en el tiempo oportuno.

También bajo este símbolo misterioso declaró á su apóstol que la Sinagoga no solo había abusado y abusaría de todos sus cuidados, sino también del celo y afanes apostólicos de todos ellos; y que viniendo á ser una heredad infructuosa para el cielo, sería en adelante privada del conocimiento de las verdades evangélicas, y ya no produciría buenas obras meritorias de una eterna felicidad. Los discípulos del Señor comprendieron bien el sentido y significación de esta figura cuando reflexionaron y recogieron con cuidado todas sus circunstancias en la historia de su Maestro divino. Pero cuando pasaban las cosas delante de sus ojos, no llegaron tan allá en su inteligencia ni comprendieron entonces los principales desig-

nios de la providencia adorable del Salvador; así es, dice san Crisóstomo [1], que maldijo el Señor la higuera, no porque no hallase fruto en ella, porque no era tiempo de higos, sino para enseñar á sus discípulos á inspirarles confianza y fe, á fin de que en vista de aquel milagro conociesen también que si quisiera podría secar y exterminar en un momento los judíos que le perseguían; y san Jerónimo añade [2]: Habiendo de padecer Jesús por la salud de todos los pueblos, y llevar sobre sus propios hombros el escándalo de la cruz hasta la cima del monte del sacrificio, quiso reforzar la fe en el corazón de sus discípulos con aquel prodigio anticipado que les aseguraba de su poder y autoridad, y de que por grande que fuese el de la Sinagoga, hubiera sido siempre muy insignificante é inútil para oponerse al de su Majestad.

Después de este acontecimiento se encaminó su Majestad al templo, donde se habían reunido una porción de gentiles que habían subido á Jerusalem para adorar allí al Señor en el día de fiesta. Estos, que habían oído la fama de la doctrina de Jesús y la relación de los muchos milagros que obraba, juzgándose indignos de presentarse por sí mismos á un hombre tan santo, tan poderoso y tan digno de ser respetado, acercáronse á Felipe y le dijeron: *Tenemos deseos de ver á Jesús.* No sin falta de misterio se acercaron primero á Felipe, porque este fué el primero que anunció el Salvador á los gentiles, esto es, á los samaritanos. En estos gentiles estaba representada la conversión de todos ellos, que en poco tiempo se había de verificar, y que por su ministerio y trabajos se habían de inflamar en ardentísimos deseos de ver á Jesús glorificado en la patria. Felipe dió la noticia á Andrés, el que como primero entre los llamados, tenía al parecer más familiaridad con el Señor, y porque también habiéndose Felipe convertido por las noticias que Andrés le había dado, deseaba obrar en esta ocasión con su parecer y consejo, y habiendo confabulado los dos entre sí, de comun acuerdo y acompañados el uno del otro, fueron á dar la noticia al Salvador. Oído Jesús benignamente la devota súplica de los gentiles que estaban ya dispuestos para creer y viendo que ellos se acerca-

[1] Div. Crisostom. Hom. 68 in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 21 Math.

ban para recibir la fe, y que en ellos había de tener principio la conversion de los gentiles, no solo les concedió el permiso que pedian, sino que comenzó á anunciarles con claridad, que estaba muy cercano el tiempo de su pasion, después de la que los gentiles habian de ser inmediatamente recibidos al conocimiento de la verdad; y levantando su corazon enardecido é inflamado con el fuego del amor y de la caridad eterna con que amaba á los hombres hasta el seno de su Eterno Padre, le dijo: *Llegó la hora de que sea clarificado el Hijo del hombre*; como si dijera: Los judios no quieren creer siendo así que vine á predicarles para que fuesen los primeros llamados; mas ya que ellos desprecian el singularísimo beneficio que vine á hacerles, creará en mí la plenitud de las gentes cuyas primicias ya se me presentan, y el Hijo del hombre será clarificado á la presencia de todas ellas.

En efecto, el Hijo del hombre fué clarificado en su pasion y dado á conocer por su propio Padre, como Dios, Redentor y Salvador de los hombres, por los grandes prodigios y signos que se vieron en los cielos, en el sol, en la luna y las estrellas, y en toda la superficie de la tierra; fué clarificado en su resurreccion gloriosa y en su majestuosa ascension á los cielos. Y en fin, fué clarificado en la conversion de los gentiles, porque su magnificencia y su gloria, su santidad y virtud, su sabiduria infinita y su omnipotencia sin término, se predicaban y anuncian en toda la redondez de la tierra. Por último, con motivo de la súplica de los gentiles y respondiendo á ella, después de haber dicho que ya era llegado el tiempo de ser glorificado, naciendo su gloria de su afrentosa muerte, les propuso en confirmacion de esta verdad la siguiente semejanza: *Si el grano de trigo caído en la tierra no muere, se quedará solo.*

Contraponen el Señor á la gloria de su buena fama las afrentas y dolores en que luego había de verse, y con divina elocuencia se compara al grano de trigo, el cual después que se siembra hasta que se coge, pasa á nuestro modo de ver por innumerables martirios. Primero es enterrado, después se pudre, y así se dispone para echar caña y hojas: en naciendo, queda sujeto á otras mil injurias, el hie-lo le quema, el aire le combate, el sol le seca, el caminante le pisa y el ganado le paca. Ni aun paran aquí sus tormentos: llegado á

sazon le sobrevienen otros nuevos: le siegan, le trillan, le avientan, le acriban, le muelen hasta hacerlo harina, y aun después le traban con agua, le amasan y le cuecen á vivo fuego en el horno. Por donde se ve cómo en esta sola comparacion encerró Jesucristo los grandes y crueles martirios que pasó desde su nacimiento hasta su muerte, los cuales son tantos, que lo que de esto escribieron los Evangelistas, tuvo san Gerónimo por cifra de lo que ésto fué en realidad. Pues así como el grano de trigo si no muere en sembrándole, no da fruto, antes queda solo y no multiplica, así, dice Cristo, si yo no muero, quedará solo; perfecto como grano de trigo, pero el linaje humano quedará sin redimir, supuesto que tengo determinado rescatarle por este medio.

Después de esta sencilla aunque minuciosa explicacion de este pasaje del Evangelio, es asimismo preciso advertir que los que quisieren llegar á la gloria de Cristo, han de tratar ante todas cosas de ser granos de trigo de su era, por la cual son significados los justos, y no paja destinada al fuego infernal; así, si el grano de trigo muere, fructifica abundantemente. ¿Quién de los judios no se prometia que muerto Cristo se había de acabar su nueva escuela y la congregacion que había formado? ¿Y quién no creia que herido de muerte el Pastor se dispersarian de tal manera las ovejas que no volviesen á juntarse jamás? Esto se prometian los judios, cuyo proyecto no era menos que borrar el nombre del Salvador de entre los vivientes, de suerte que no quedase de él rastro ni memoria. Pero así como muerto José, los hijos de Israel se multiplicaron sobremedera y crecieron en riqueza y prosperidad, de modo que de su descendencia se llenó toda la tierra, así tambien muerto Cristo creció la Iglesia, no solamente en el número de los fieles, sino en las riquezas de la santidad. Estos oráculos son un hermoso comentario de las graves palabras de Jesucristo, en las que aparecen con toda claridad la vocacion de los gentiles, la conversion del mundo y la santificacion de los hombres, que tanta gloria ha dado á su Redentor, la que es el objeto de tantas hermosas profecias, que no podian verificarse sino por la pasion de Cristo. Fué necesario que muriese el Salvador para adquirir el nuevo pueblo y la numerosa posteridad que se había prometido, y para que su pasion diese otros

muchos copiosísimos y abundantes frutos, pues dió los de la remisión de todos los pecados, los de la conversión de todos los gentiles y los del mas cumplido gozo en el reino de los cielos.

Porque Jesucristo se comparó á sí mismo al grano de trigo, y él era purísimo y perfectísimo, quedó la costumbre en la Iglesia de hacer el pan para convertirle en el cuerpo de Cristo, mediante las palabras sacramentales, de trigo puro, sin mezcla de alguna otra especie; y como no basta para dar fruto que el grano de trigo caiga en la tierra, sino que el labrador lo cubra, predijo en su semejanza no solo su pasión y muerte, sino su sepultura y resurrección, dejándonos á todos los sublimes ejemplos de humildad, resignación, conformidad y obediencia á la voluntad de su Eterno Padre que debemos imitar, para que en todo y por todo siguiésemos constantemente sus pasos; á este fin les añadió en seguida: *El que ama su vida la perderá; esto es, el que la ama desordenadamente.* El que ama su alma mas que la gloria de Dios, que la virtud y la justicia, este es el que la perderá; y *el que la aborrece en este mundo, la guarda y la conserva para la vida eterna.*

Con esta nueva expresion amplió el Señor ó extendió mas su primera doctrina, extendiendo á todos los fieles lo que de sí mismo habia dicho bajo la semejanza del grano de trigo, dándoles á entender muy claramente, que si habia de llevar fruto, habia de ofrecerse al rigor y mal tratamiento de su carne, y si fuese menester, á la misma muerte, á trueque de gozar la vida bienaventurada y sin fin. Tambien puede esta sublime sentencia tener otro sentido muy parecido á este, aunque enteramente diverso, y es: El que ama su vida, y los goces y deleites de ella mas que á Dios; el que quiere llenar todos sus gustos, aunque sea atropellando con la ley del Señor, está tan lejos de amar su alma y su vida, que por el contrario, la aborrece y la pierde. Donde se ve que no hay aborrecimiento que mas daño cause, que el amor falso que muchos se tienen á sí mismos y á otros. Muchos aman á otros porque en sus bienes ó en sus personas hallan cebadero de sus dañadas pasiones, y así lo que aman de verdad es el vicio; ese es el que tienen por amigo, al cual y á sí mismos pierden con ese amor; por lo que dijo san Agustín [1]:

[1] Div. August. Tract. 51 in Joann.

Si amaste mal, entonces aborreciste; si aborreciste bien, entonces amaste: felices los que aborrecieron guardando los preceptos del Señor, porque entonces seguros están de no perder por el amor.

Excelentísima, perfectísima regla del amor y del aborrecimiento que el hombre debe tenerse á sí mismo; aborrecerse creyendo que se ama; perderse creyendo que se gana, y ganarse juzgando que se pierde, y amarse mas y mas cuanto mas se aborrece. San Crisóstomo dice: Que ninguna cosa declara tan bien estas palabras, *el que ama su alma la perderá*, como aquel otro dicho de san Mateo: *Niéguese á sí mismo y sigame.* Lo que uno hace cuando niega á otro, que es desconocerle, dejarle, hacer poco caso de él, eso ha de hacer para negarse á sí mismo, decir no á todos sus malos deseos, desconocer y abandonar aquellas cosas que tiran á separarle de Dios, no hacer caso de la burlería y vanidad del mundo, y atenerse solamente á lo que da fuerza y vigor al espíritu. Aborrecémosnos pues en lo menos, que es en lo de la tierra que perece, y amémonos en lo mas, que es el cielo, que siempre dura. A esto nos convidó y aun nos brinda todos los días Jesucristo diciendo: *Si alguno me sirve*, esto es, *el que aspira á ser mi siervo, sigame, y donde yo estuviere, allí estará mi servidor: al que me sirviere, mi Padre lo honrará.* Como si dijera: El que trata de ser mi siervo, ha de comenzar su servicio por seguirme á mí; todos los pasos que diere fuera de esta senda son perdidos, porque al Padre nadie llega sino por mí; y añadiendo, donde yo estuviere, allí estará también mi servidor, da una prueba de la gloria de su alma, suponiéndola ya en posesion de la bienaventuranza que promete á sus siervos, y de la gran merced que recibirán siendo admitidos en la cámara del Altísimo Rey su Eterno Padre. Esta es la honra que les prepara, superior á todo humano deseo: esto sobraba, para que los hombres anduviesen siempre afanados en el seguimiento de la virtud, puesto que aun en la tierra harán su Padre que sean honrados. El apóstol desenvolvió esta especie de enigma evangélico, y amplió unas máximas tan fecundas en reflexiones.

Cogerá el hombre, dijo, todo lo que sembrare [1]. El que siem-

[1] Ep. ad Galat. cap. 6, v. 8.

bra en la carne, de la carne cegará la corrupción; mas el que siembra en el espíritu, de él segará la vida eterna. La prudencia, la sabiduría carnal y mundana es muerte; pero la prudencia del espíritu es vida y paz [1]; así que, los carnales no pueden agradar á Dios. Sabed pues, hermanos, que no somos deudores, no estamos obligados á vivir conforme á los afectos y deseos desordenados de la carne, porque si viviéreis conforme á ella, morireis; empero si con la fuerza del espíritu mortificáreis las obras de la carne, vivireis [2]. Los que son de Cristo, crucificaron la carne con sus vicios, malos resabios y afectos. Porque la concupiscencia carnal, los conatos y deseos de la carne, pugnan contra el espíritu, y este está en contradicción con la carne. Bien manifiestas son las obras de la carne... de las cuales os predicó, que los que tales cosas hacen, no heredarán el reino de Dios [3]. Mortificad pues los miembros de vuestro cuerpo terreno, morid á la sensualidad despojándoos del hombre viejo con sus actos, y vistiéndoos del nuevo, el cual por el conocimiento, por la fe y gracia del Espíritu Santo, es renovado y restituido á su primitiva dignidad, y hecho conforme á la imagen del que lo crió [4]. Así que, corramos con constancia y paciencia al premio que nos es propuesto, fijando nuestros ojos en el autor y consumidor de nuestra fe, Cristo Jesús, cuya gloria fué fruto de su humillación hasta la muerte, y muerte de cruz [5].

Después de todo esto, parece que quiso en esta ocasion experimentar el Señor para consuelo de sus siervos los sentimientos naturales que excita en todos los hombres la vista de un peligro inminente y los horrores de una muerte próxima, y así continuó diciendo á sus discípulos: *Mi alma está conturbada ahora*; lo que fué darles á entender que conocia todo el horror de las penas que le esperaban, las que en aquel momento se habian presentado tan vivas á su espíritu, que estaba poseído de temblor y de susto. En cuya consecuencia añadió: *¿Y qué diré?* Esto es, ¿á quién dirigiré

[1] Id. ad Rom. cap. 6, vs. 6 et 8.

[2] Id. id. vs. 12 et 13.

[3] Id. ad Galat. cap. 9, vs. 17, 19, 25.

[4] Id. ad Colosen. cap. 3, vs. 5, 9, 10.

[5] Id. ad Hebreos, cap. 12, vs. 1 et 2.

mi voz? A vos es, oh Padre mio, á quien acudo en medio del horror y espanto que me han sobrecoigido. Sálvame, si es posible, de la hora que veo que se acerca. Pero no, que no he venido al mundo para evitar los horrores de esta hora, sino es para sacrificarme á vuestras órdenes. Aceptad mi sumision perfecta á vuestra voluntad, y glorificad á vuestro santo nombre. Daos á conocer á vuestras criaturas, oh Padre mio; manifestad á todos los pueblos de la tierra la grandeza de vuestro nombre, puesto que quereis que los trabajos de mi vida y las ignominias de mi muerte sirvan á vuestra mayor gloria. Por tanto, para consolarle y sostenerle contra sus temores, solamente le respondió su Eterno Padre sobre su petición absoluta, y cuando acabó Jesús de pronunciar aquellas últimas palabras, *glorificad Padre mio, á vuestro nombre*, se dejó oír una voz que salía de una nube, diciendo: *Ya he clarificado mi nombre y lo clarificaré segunda vez*. Que fué decir: Hijo mio, yo te he oído y siempre te oiré. Dios ha sido glorificado y adorado entre los judíos, y en adelante lo será entre las naciones. Ya he sido glorificado bajo el reinado de la ley, y lo seré de un modo mas digno bajo el Evangelio. Ya he sido honrado de tí por la obediencia que me rindes, y lo seré aun mas por la que me vas á rendir.

La muchedumbre que se hallaba presente y habia oído la voz que era fuerte y espantosa, imaginó que pudiera ser trueno; otros decian: Algun ángel le ha hablado. Tal era la turbacion de los circunstantes. No era extraño que no entendiendo los gentiles el sentido de algunas palabras pronunciadas en la lengua comun á los judíos, pero extraña para ellos, juzgasen que habia tronado, y que los judíos que percibieron clara y distintamente las palabras articuladas, las atribuyesen á algun ángel del cielo. Mas Jesús tomó en seguida la palabra y les dijo: *No por mí ha bajado esta voz del cielo, sino es por vosotros*; esto es, para vuestra instruccion y edificacion, para que me reconozcáis por el Hijo de Dios, cuyos ruegos oye mi Padre celestial. *Sabed empero que se acerca el juicio del mundo, y que el príncipe de este mundo va á ser echado fuera*. Ahora los hombres serán vindicados, reintegrados en sus derechos y restituidos de su verdadera libertad. Ahora el príncipe de este mundo perderá todo su señorío é imperio. Parece muy verosímil que en

estas palabras entendiase y quisiese denotar muy particularmente el Salvador á la Sinagoga, y á todos sus magistrados que en lo sucesivo no emplearon su dominacion sino en escándalo de sus súbditos. Así es como se explican los apóstoles muchas veces en sus escritos, siguiendo el modelo de su divino Maestro. Vese pues con claridad que no habló Jesucristo en esta ocasion del juicio final en que han de ser juzgados los vivos y los muertos, y separados los buenos de los malos para recibir cada uno el premio ó el castigo debido á sus obras, sino del juicio hecho por el Padre á favor de los hombres, contra el demonio que los tenia avasallados y aherrojados con cadenas en mísera servidumbre. En este juicio es Jesucristo abogado de los hombres y no juez; aquí se da la sentencia segun la misericordia del juez y no segun la conciencia del reo; aquí vence el defensor al oprobador, el abogado al acusador; al tirano vence el legítimo Rey y Señor. Llegado es el tiempo de hacer justicia á los oprimidos, de sacar la cara por los desvalidos, de enjugar las lágrimas de los afligidos. Hace Dios gala de quebrantar la soberbia de los altos y poderosos del mundo que de su poder y autoridad se valen para aumentar la miseria y la pobreza, y tal vez los vicios de los inferiores; ¿por qué desgracia del mundo no instarán en esto á Dios los príncipes y poderosos de la tierra, y los que tienen sobre ella mando y autoridad, y están encargados de la administracion de justicia?

Asimismo debe entenderse, que desde el tiempo de la pasion de Jesús se hizo un verdadero juicio y separacion de los fieles que creian, de los infieles obstinados contra la fe; pero en el futuro se pronunciará la sentencia de condenacion contra los infieles, y la de premio y recompensa en favor de los que creyeron. Así pues como expositando y aclarando su dicho primero, añadió: *Ahora el príncipe de este mundo*, esto es, el príncipe de los amadores del mundo y de los malos hombres que habitan en el mundo, cual es el diablo, que desde Adán hasta ahora fué señor y todavía domina en los malos entregados al mundo, porque viviendo con arreglo al mundo se le sujetan voluntariamente por el pecado, *será echado fuera*; esto es, perderá en este juicio el poder y la libertad que tenia de arrebatar á los hombres y llevarlos en pos de sí para esclavizarlos y oprimirlos, porque por Cristo y por la virtud de su pasion se abrió la puerta de la gloria, y el diablo no puede impedir ya á nadie como antes hacia, la consecucion de esta dicha, pues por Cristo y su pasion se dió al hombre la virtud para resistir á su enemigo y la fortaleza para vencerle; así se echa fuera al príncipe de este mundo, como fué desterrado del cielo por su soberbia. De allí arrojado, se apoderó con tiranía y crueldad del atrio del paraíso, que es este mundo, é inspirando la idolatría á los pueblos destruyó el culto del verdadero Dios. No solo la idolatría, mas las pasiones tambien y los vicios, como torbellino impetuoso, tenian asolada la tierra. De esta suerte fué el mundo morada y reino del demonio, hasta que lo despojó de él el mismo que fué el brazo y la fortaleza del Padre, sujetando con dureza á aquel que no quiere verse dominado por la caridad, enseñándonos al mismo tiempo á todos el modo de despegarnos del nocivo amor á la exaltacion y grandeza del mundo, por el gran misterio de su anonadamiento en su pasion y muerte de cruz.

En Cristo, verdadero Dios y hombre, se ve una mezcla maravillosa que tiene y tendrá siempre atónitos á los que en la tierra tenemos fe de este misterio altísimo, y aun á los espíritus bienaventurados que gozan de su claridad en el cielo. Descúbrese en él carne con condiciones de Dios, y Dios con condiciones de carne; divinidad y humanidad juntas, hombre Dios de padre y de madre, y sin padre y sin madre, sin madre en el cielo y sin padre en la tierra; el Eterno nacido en tiempo, y el Hijo en quien nació todo el edificio del mundo, nacido entre los del mundo como hijo. En él triunfó la verdad, quedó honrada la humildad, reinó la caridad, resplandeció la misericordia y fué santificada la humanidad. Desterró Cristo del mundo á su príncipe desarmándole de su poder, y venciendo la concupiscencia del hombre en quien tiene puesta él la esperanza de su victoria. Flaco es el demonio si el hombre no se le entrega por medio de sus malos afectos; y así echó fuera al príncipe de este mundo el que hizo á los hombres de malos buenos, y trocó la tiranía de la concupiscencia en el yugo suave y dulce de la caridad. El palanque de esta victoria fué la santa cruz, de la cual con lo sumo de la ignominia y flaqueza, con lo mas apurado

de los trabajos y tormentos, con la muerte infame á que le condenó la gente vil y foragida, empleando el Redentor, venció al que es caudillo y príncipe de todo lo soberbio. Dos son los juzgados en este juicio, Cristo y el mundo. El mundo juzga á Cristo tratándole de loco y de engañador, persiguiéndole, dándole muerte, deseando borrar hasta su memoria. Cristo juzga al mundo venciendo á su príncipe, condenando las obras de las tinieblas, castigando á los que huyen de la luz de la verdad y del fuego de la caridad, con el azote de la eterna justicia. El mundo juzga á Cristo, y este tufa del mundo. Cristo humillado vence la soberbia; atormentado condena el deleite; afrentado mejora la honra; muerto restablece la vida. Cristo á los ojos del mundo es la escoria de los hombres; á los ojos de la fe, es Redentor de todos ellos. Desde el madero dónde es enclavado reina como Príncipe, y Señor y Salvador del mundo, y así añadió en seguida: *Y yo si fuere levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas.* Así será glorificado el Hijo del hombre, desde que permita ser clavado de la tierra en el sentido que tantas veces tiene profetizado.

Estas últimas palabras del Salvador necesitan una particular explicación: *Si yo soy levantado de la tierra.* No duda que ha de suceder indefectiblemente aquello que ha venido á cumplir. *Exaltado*, esto es, clavado en la cruz. *Atraeré á mí todas las cosas;* esto es, los hombres elegidos y predestinados para la salud, de lo que está excluido el diablo, y será cabeza de aquellos miembros, despojando á aquel que engañando injustamente al hombre primero le despojó de su hermosura y de su gracia. Con estas expresiones dió tambien las señas mas puntuales de su triunfo, denotando la muerte de que habia de morir y demostrando que para vencer al demonio no haria gala de las armas de su poder, sino de la humillacion y de la cruz. Llama exaltacion á su crucifixion, no ya porque el Crucificado era levantado en alto, sino porque la cruz era delante de Dios principio de la verdadera gloria y exaltacion nuestra. Cristo exaltado y honrado en la cruz, el hombre pecador hecho salvo por medio de la cruz, misterios son que no entiende la carne; adóralos la fe, reconociendo la caridad con que la cabeza crucificada atrae á sí y une consigo á los miembros. Cristo en la

cruz unió consigo por espiritual y estrecha manera á todos los suyos; digamos, se fecundó de todos y los cerró todos en sí para que en la muerte que padecía en su carne pasible, muriese la carne de ellos mala y pecadora, y por eso condenada á la muerte; y para que renaciendo el glorioso después, renaciesen tambien ellos en él á la vida de justicia y de gloria. Por último, fué exaltado el Señor en el aire y elevado en la cruz, para enseñarnos que así como el aire es comun á todos los hombres, así su pasion y muerte era tambien comun á todos ellos: las pasiones, tormentos y martirios de los otros santos fueron propias de cada uno de ellos; pero la pasion de Cristo fué comun y universal, porque con ella quiso merecer la salvacion de todos; y así como el aire es el medio entre el cielo y la tierra, así Cristo tambien muriendo en el aire demostró que era el mediador entre Dios y el hombre.

Los judios comprendieron con alguna claridad parte de lo que el Salvador acababa de manifestarles con su discurso; y avanzando en los pensamientos de iniquidad que habian concebido contra él, para convencerle en cierto modo de poco veráz, le dijeron: Nosotros sabemos por la ley que Cristo y su reinado durarán eternamente. ¿Cómo pues vos que os dais por Cristo os adelantais á decir que el Hijo del hombre será levantado de la tierra? ¿No significa esto en vuestro lenguaje que será crucificado? Y siéndolo, ¿no es claro que no permanecerá para siempre? El título del Hijo del hombre ó de primogénito de los hijos de los hombres, ¿no es propio de Cristo? Hablando vos mismo del Hijo del hombre, ¿no es de Cristo de quien nos hablais? y Cristo, ¿no ha de permanecer para siempre? Decidnos pues, ¿cuál es el Hijo del hombre que no ha de permanecer para siempre?

Si los judios menos cannales hubiesen registrado bien las Escrituras, esto es, la ley y los profetas, hubieran observado que si era cierto que Cristo y su reinado habian de durar eternamente, no lo era menos que Cristo ó el Hijo del hombre por excelencia sería levantado de la tierra y moriría en una cruz. Después de esta muerte vergonzosa, constaba tambien que habia de resucitar y vivir eternamente en el cielo, y reinar hasta el fin de los siglos en la Iglesia que habia comprado con el precio de su vida y adquirido con su

sangre. Pero los doctores de la Sinagoga no lo entendian así, y llenos de ambicion explicaban todo lo que las Escrituras contenian de grande y magnifico con respecto al Mesias, y apartaban de su persona todo cuanto aquellas anunciaban de humilde, penoso y triste. Las turbas á quienes Jesucristo debia responder, no estaban aun dispuestas para una instruccion tan grande como necesitaban, y por esto les dijo: *Aun hay en vosotros muy poca luz; caminad sin embargo con ella mientras os alumbrá para que no os sobrecojan las tinieblas. Lo que fué decirles: Por un poco de tiempo estará aun con vosotros la luz. Esta luz soy yo, y con ella conocereis aun que el Cristo permanecerá eternamente. Apresuraos, acercaos, mirad bien lo que solo se ve con el resplandor de esta antorcha. Entended el misterio del Salvador, no á medias, sino todo él, que su muerte no es incompatible con su victoria; que con ella ha de establecer para siempre su reino; que su sangre ha de ser el rescate de los cautivos, su cruz la exaltacion de los afrentados, su muerte la union de los dispersos. Las tinieblas os sobrecojerán, si de tal manera creéis la eternidad de Cristo, que neguéis en él la humillacion de la muerte. Bien sabéis lo que dice el proverbio, que el que camina de noche no sabe por dónde va ni á dónde pone el pié.*

Ya tenia dicho el Salvador que él era la luz del mundo; ahora les aconseja que mientras logran esa luz, crean en ella; esto es, mientras él les habla y les instruye para que tengan la dicha de llegar á ser hijos de la luz. Entre los judíos, con quienes se explicaba con tanta benignidad el Maestro divino, se contaban algunos fieles, pero no lo eran todos. Allí se hallaba un número grande de la conspiracion de los fariseos prontos á amotinarse y á levantar sediciones y tumultos, á pesar de la solemnidad de un día tan glorioso para Jesucristo, pues ya ni podian disimular sus intenciones ni ocultar las tramas incidiosas que contra él tenian preparadas; por lo que el Salvador amantísimo se apartó de entre ellos y se escondió.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, concédeme la dicha de que como verdadero discípulo é hijo tuyo, no solo tenga hojas verdes en mi corazón,

esto es, palabras y estimacion y aprecio de la justicia, sino tambien frutos; esto es, obras de justicia y virtud, para que jamás merezca tus maldiciones. No me niegues la dicha de que te siga con todo el afecto de mi alma como verdadero ministro tuyo, para que donde tú estás merezca yo estar tambien. Llévame, Señor, y arrástrame en pos de ti, y no permítas que me arrastre la dulzura del siglo, sino la inapreciable suavidad de tu amor. Sea siempre contigo mi intencion en el cielo, y asístame continuamente tu proteccion en la tierra. Haz, Señor, que me una inseparablemente contigo, que te sirva con perseverancia, que te busque con fidelidad, para que felizmente te halle y eternamente te posea, Dios, Rey y Señor mio. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo corresponde al XII del Evangelio de san Juan, desde el versículo 10 hasta el 36; al XXI de san Mateo, desde el versículo 15 hasta el 20; y al XI de san Márcos, desde el versículo 12 hasta el 14, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Juan para el Evangelio de la misa del sábado de Pasion, y después usa tambien de varios trozos de este mismo Evangelio para la misa de algunos santos obispos y mártires, y para la del día de la Exaltacion de la santa Cruz, á 14 de setiembre; dice así:

EVANGELIO PARA LA MISA DEL SABADO DE PASION.

San Juan, cap. XII, vs. 10 al 36.

En aquel tiempo determinaron los príncipes de los sacerdotes matar tambien á Lázaro, porque muchos por causa de él se apartaban de los judíos y creían en Jesús. Al día siguiente muchas gentes que habian acudido á la fiesta, oyendo que venia Jesús á Jerusalem, tomaron ramas de palmas, y le salieron á recibir, y clamaban: Hosanna, bendito el Rey de Israel que viene en nombre del Señor. Y halló Jesús un jumentillo y se sentó sobre él, como está escrito: No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey, viene sentado sobre un jumentillo. Esto no lo entendieron sus discípulos primero; mas cuando Jesús fué glorificado, entonces se acordaron que estas cosas es-

taban escritas de él y que á él fueron hechas. La gente que estaba con él daba testimonio de cuando llamó á Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. Por eso salió el pueblo á recibirle, porque oyeron que habia hecho este milagro. Decíanse pues unos á otros los fariseos: ¿Veis que nada adelantamos? Mirad cómo todo el mundo se va tras él. Hallábanse allí muchos gentiles de los que habian subido á adorar en el dia de la fiesta. Llegáronse estos á Felipe, que era de Bethsaida de Galilea, y le rogaron diciendo: Señor, queremos ver á Jesús. Vino Felipe y díjolo á Andrés, y después Andrés y Felipe lo dijeron á Jesús. Y Jesús les respondió diciendo: Llegada es la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo: Si el grano de trigo caído en la tierra no muere, se queda solo; mas si muere, fructifica abundantemente. El que ama su alma, la perderá, y el que aborrece á su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna. El que me sirve sígame; y donde yo estoy, allí estará tambien el que me sirve. El que me sirviere será honrado por mi Padre. Ahora es turbada mi alma. ¿Y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas para eso he llegado á esta hora, Padre; glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo que dijo: Le he glorificado y todavía le glorificaré. El pueblo que estaba presente y la habia oído, decia que habia sido trueno. Otros decían: Algun ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido por mí esta vez, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo; ahora será echado fuera el príncipe de este mundo. Y yo si fuere levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas. Decia esto señalando la muerte de que habia de morir. Respondióle la plebe: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece eternamente. ¿Pues cómo dices tú: Conviene que el Hijo del hombre sea levantado en alto? ¿Quién es este Hijo del hombre? Dijoles Jesús: Aun está con vosotros por un poco de tiempo la luz. Caminad mientras tenéis luz para que no os sebrecojan las tinieblas, porque el que anda en tinieblas no sabe á dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesús y se fué y se escondió de ellos.

DESCRIPCION DE JERUSALEN.

Todos los viajeros y todos los escritores, exceptuando solo á Lamartine, cuya imaginacion es tan poética y cuyo corazon tan indulgente, de manera que siempre el hombre y la naturaleza se le presentan bajo el más hermoso aspecto, están acordes en llamar á Jerusalem lugar de desolacion. Piedras, arena, cenizas y algunos arbustos espinosos, he aquí lo que los antiguos y modernos han visto en ella.

Las calles de Jerusalem son regulares, rectas, bien empedradas, algunas veces con andenes; pero tristes, estrechas, y casi todas ofrecen un plano inclinado. Las casas por lo regular son de dos ó tres pisos, con muy pocas ventanas; tienen muy bajas las puertas, unidas las fachadas, y están construidas simplemente con piedras sin el menor ornato, de manera que cuando recorre uno las calles, cree internarse en los corredores ó galerías de una cárcel inmensa; en una palabra, se reconoce ser cierta la pintura que de la ciudad santa nos ha dejado Jeremías. ¡Qué contraste con las calles de la Meca, tan bien adornadas y tan alegres! pero la reina de las naciones es hoy día una viuda, como dice la Escritura.

Al propio tiempo fuerza es conocer cómo esta ciudad lleva un carácter de desolacion enteramente peculiar que en vano se buscaria en la soledad de las demás ciudades arruinadas.

Jerusalem es triste, dice Chateaubriand; pero su tristeza tiene un no sé qué de misterioso y de poético, como los cánticos de los profetas; la soledad de Sion, cubierta de luto, tiene algo que nos atrae, porque se hermana con nuestros recuerdos de la cuna, con nuestras reflexiones de la edad madura y con nuestros pensamientos de la tumba: no puede darse un paso sobre ese suelo sagrado sin que uno sienta latir su corazon. Los crímenes y las calamidades de los pueblos que se mezclan con las imágenes de la misericordia y de la salvacion, una muchedumbre arrastrada por el furor, el justo condenado, la traicion que se castiga á sí misma, el arrepentimiento, la compasion, la adhesion mas firme, la flaqueza humana al lado de las virtudes mas sublimes, el infierno devorando su presa, un Dios resucitado que sube al cielo y la esperanza que de él desciende, he aquí lo que se en-

cuenta en medio de las ruinas de Jerusalem; vemos nuestros destinos sobre la tierra, los bienes y los males de la humanidad, y nos parece que estamos recorriendo todos los senderos de la existencia. En estos sitios en que un Dios murió con nuestra vida y murió de nuestra muerte, todo parece explicar la humana condicion. Por esto sentimos tanto abandonar la ciudad santa, en cierto modo como si abandonásemos la existencia que, á pesar de decirse sepultada en un valle de lágrimas, halla atractivos en el mismo dolor.

Al hablar Michaud de la primavera en Jerusalem, dice: En esta ciudad, como en nuestra primavera de Europa, no se ven bosques floridos, prados y riachuelos que murmuran en medio de la verde yerba; no se oye á los ruiseñores entonar el armonioso himno de la aurora de año; solo algunas tórtolas suspiran sobre las palmeras de la casa de Caifás y sobre los altos árboles cercados á la puerta de Sion. . . . La primavera de Jerusalem no tiene nada de alegre.

Veamos ahora cómo el tierno Lamartine nos describe en octubre la ciudad santa.

A la izquierda de nuestro horizonte, viniendo del desierto de San Juan Bautista, á una legua de distancia, brillaba el sol sobre una torre cuadrada, un alto minarete y las amarillas paredes de algunos edificios que coronan la cumbre de una pequeña colina. Detrás asomaba una ciudad formando declive á lo largo de ambos lados de la colina; por precision debía ser Jerusalem. Nos creíamos mas distantes de la ciudad, y todos nosotros nos atrevemos á preguntar nada al guia, temiendo ver destruida nuestra ilusion, gozábamos en silencio de esta vista cuando todo al rededor nos estaba hablando de Jerusalem. Efectivamente era ella que se elevaba entre un amarillo sombrío sobre el fondo azul del firmamento y el fondo negro del monte Olivete. Paramos nuestros caballos para contemplarla en esta misteriosa aparicion. Un paso mas que diésemos bajando á los profundos y sombríos valles que veíamos á nuestros pies, nos la haria sin duda perder de vista.

El aspecto general de los alrededores de Jerusalem puede describirse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, como peñascos sin terror, sin grandiosidad, algunos pedruscos pardos, y de trecho en trecho alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan un débil sombra sobre los campos escarpados de la colina; las murallas y las torres pardas de las fortificaciones de la ciudad, apareciendo á lo lejos so-

bre la cumbre de Sion: tal es el aspecto que ofrece la tierra. El cielo se presenta puro y profundo, sin que jamás por la mañana ni por la tarde tomen las nubes un color de púrpura. Por la parte de la Arabia vese una especie de abismo que descende de entre montañas negras, y abre paso á las miradas hasta descubrir el mar Muerto y las cumbres de las montañas de Moab. Ni un soplo de viento murmurando entre las almenas ó las secas ramas de los olivos; ningún pájaro que haga oír sus trinos en los caminos ni en los campos. . . . Tal es Jerusalem.

A pesar del brillante colorido derramado por Lamartine sobre las ruinas consagradas por la religion, y á pesar de que haya dorado con los rayos del sol esas montañas y campos estériles para darles alguna dignidad, el silencio y la soledad de la poblacion, esas altas murallas desiertas, esas puertas por las cuales apenas entra nadie, esos viejos árboles que vegetan á duras penas, todos presenta un conjunto melancólico, pero al mismo tiempo se reconoce que nada es mas propio para abrir campo á profundas y religiosas reflexiones.

Pero cuando uno está en lo interior, dice otro viajero sexagenario, esa apariencia de grandiosidad que á lo lejos se nos ofrece, esa ilusion que produce por un momento el imponente aspecto de las cúpulas, de las mezquitas y de los minaretes que dominan los restantes edificios, todo se desvanece, y Jerusalem no parece mas de lo que es en realidad, una ciudad de escombros y de ruinas. Sus casas cuadradas, por lo regular pequeñas, bajas y sin ventanas por la parte interior, cubiertas de un techo llano á manera de azotea, encima del cual se eleva alguna vez una pequeña rotunda, se parecen, mas que una habitacion, á un conjunto de piedras amontonadas para construirse, y hacen en verdad el mas triste efecto.

La poblacion de Jerusalem se compone de musulmanes, de griegos, armenios, de católicos, de coptos y de abisinios: la industria y el comercio ofrecen poco recurso á la ciudad; las rocas y las montañas que la rodean no conocieron jamás las mieses. Cada uno vive de su creencia. No tiene el Oriente secta ni tribu que no envíe limosnas á Jerusalem; los peregrinos armenios y griegos llevan allí considerables sumas, de manera que los mendones y las ofrendas de la devocion sostienen á la vez la poblacion cristiana y la judía; los musulmanes se aprovechan de todos estos tesoros enviados por la piedad, de manera que cada secta vive de la fe que profesa, y puede decirse que los incrédulos viven y se enriquecen á costa de la fe de todos.

Para estudiar la fisonomía de Jerusalem, fuerza será observar cada pueblo en particular. Los hebreos de la ciudad santa habitan el cuartel mas sucio, situado cerca de la puerta Esterquilina ó sea de las *inmundicias*, llamada hoy día puerta de los Mangrabines: separados de las demás sectas y aun ellos mismos divididos en dos facciones enemigas, tristemente reunidos en sus Sinagogas y vueltos los ojos al valle de Josafat, comen su pan en la aflicción y beben su agua con espanto. Al verles en sus reducidas y sucias moradas, cócese que no han venido á Jerusalem para vivir dichosos, y ni para vivir siquiera, sino solo para poder descansar en el fúnebre valle, esperando la época del juicio final. Llegan á Jerusalem judíos de todas las comarcas de la tierra, y ninguno sale; la mayor parte son ancianos cuya existencia ha perdonado el tiempo y que no piensan ya en las cosas de la vida. Jerusalem cuenta muchos judíos que pasan de los ciento y de los ciento veinte años.

Los armenios y los griegos son en Jerusalem lo que en todas partes. A pesar de que ambos pueblos conocen el comercio en todos sus ramos, no podrian sostenerse en la ciudad santa si no les socorriese la devoción de los peregrinos. El cuartel de los armenios, situado sobre el monte Sion, es el mas hermoso de Jerusalem. Esta nacion, que no tiene territorio ni hogar doméstico, y que vive errante y dispersa sobre los hijos de Israel, da muestras de su poder y de su crédito, y parece prosperar cada dia mas en medio de las ruinas y miserias del Oriente. Siguiendo el camino de Jerusalem, no se encuentran mas que carabanas de armenios que acuden de todas partes del imperio otomano y aun de la Persia, llevando consigo sus riquezas.

Los griegos habitan al rededor de la iglesia del santo sepulcro, lo que es para ellos un consuelo cuando piensan en las calamidades de su patria. Perseguidos en todas las comarcas musulmanas, no envidian á Jerusalem ninguna ofrenda, y sus peregrinos habian olvidado el camino de Sion. Solo en 1831, protegidos por el pabellon ruso, fué cuando visitaron de nuevo la Tierra Santa. Hoy dia llegan en gran número del Asia menor, de las orillas del Helesponto, y aun de Stamboul; han conservado su antiguo carácter, y si algun asomo de alegría reina en la triste Jerusalem, será preciso buscarle entre los griegos, pues si bien son mas supersticiosos que las demás sectas, cuenta sin embargo hombres instruidos entre los individuos de su alto clero.

En medio de este concurso de opuestas y rivales creencias, hay una que

domina todas las demás, y es por cierto la mas celosa é intolerante: los musulmanes se dan en todo un aire de amos. La poblacion musulmana es turbulenta é inquieta, y no puede sufrir yugo para si ni libertad para los demás. Cada uno de esos incrédulos tiene derecho para ultrajar en la calle y aun en sus casas á los cristianos y á los judíos, sin que estos puedan quejarse ni obtener reparacion. Y lo mas singular es que esos musulmanes oran juntos con los cristianos y con los judíos, venerando mucho los lugares sagrados: encuéntrense en la Biblia y en el Evangelio algunos nombres respetados por los hijos del mahometismo. Todas esas poblaciones enemigas son regidas por un Mutzelim, un Cadi, un Subeadi, encargados de la policía, y un Mufti encargado de las mezquitas y de la observancia de los preceptos religiosos: todos van á una tratándose de sacar dinero de los sectarios de las distintas religiones. La ciudad obedece al bajá de San Juan de Acre.

En todos tiempos ha sido el monte Olivete un objeto que ha herido vivamente la imaginacion de los cristianos: en los primeros siglos de la Iglesia se descubrian en la montaña fuegos milagrosos, y los peregrinos de los siglos nueve y diez creian ver renovarse la escena gloriosa de la ascension del Salvador. Algunos, al llegar á la cumbre de la montaña, se postraban de rodillas, extendian los brazos en forma de cruz, y derramando lágrimas pedian al cielo que les librase de la cárcel del cuerpo en el mismo sitio desde el cual Jesús se elevó al cielo. El cronista Clabér habla de un peregrino de Autun, á quien Dios llamó á la morada de los elegidos el dia mismo en que habia orado sobre el monte Olivete. Allí es donde se detuvo la procesion de los cruzados antes del último asalto de Jerusalem, y por cierto que el aspecto de la ciudad santa debió inflamar el entusiasmo heroico de los campañeros de Godofredo, mas aun que los discursos de los clérigos y de los obispos. Jerusalem conserva el monte Olivete como última gloria, como una diadema radiante que corona toda la hija de Sion.

A cada paso que se da trepando por él, va descubriéndose un nuevo cuartel ó un nuevo edificio de Jerusalem, de manera que sin exageracion se podrian ir contando todas las casas. Mas allá de las dos mezquitas y del sitio de donde se elevó el templo, extiéndose toda la ciudad santa, sin que perdamos de ella un techo, ni una piedra, como si fuese el plan de una ciudad en relieve que un artista nos presentase sobre una mesa. Esta ciudad, añade Lamartine, no es como nos lo han querido figurar, un conjunto informe y confuso de ruinas y de cenizas, sobre las cuales se hayan echado

algunas cabañas árabes ó plátado algunas tiendas de beduinos; no son como Atenas, un caos de polvo y de murallas derrocadas, donde en vano busca el viajero la sombra de los edificios, el pavimento de las calles y el aspecto de una población: es una ciudad brillante que presenta noblemente todavía sus murallas intactas y dentelladas, su mezquita azul con sus columnatas blancas, y sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las cuales refleja la luz del sol de otoño: por fin, en medio de ese océano de casas y de esa nube de pequeñas cúpulas que las cubren, levántase otra cúpula negra mas ancha que las demás, dominada á su vez por otra blanca: es el santo Sepulcro y el Calvario, confundidos ambos y como nadando en el inmenso laberinto de edificios y de casas que los rodean. Tal es la ciudad viste de lo alto de aquella montaña, apareciendo como si fuese la Jerusalen nueva que renace brillante del seno del desierto. Es el mas magnifico panorama que pueda presentarse de una ciudad que ya no existe, pero que parece existir como si estuviera llena de vida y de juventud; y sin embargo, si se la mira atentamente, se conoce que todo ello no es en realidad mas que una bella vision de la ciudad de David y de Salomón. Ningun ruido sale de sus plazas y de sus calles, ningun camino conduce á sus puertas del Oriente y del Occidente, del Mediodía y del Setentrion; solo algunas sendas serpentean al azar por entre las rocas, descubriéndose algunos árabes casi desnudos, algunos habitantes de Damasco que conducen sus camellos, ó algunas mujeres de Belen ó de Jericó que traen consigo una cesta llena de uvas de Engaddi, que van á vender por la mañana á las puertas de la ciudad. A la izquierda del templo y de las murallas de Jerusalen, forma la colina un declive, se extiende con suave vertiente, y á unos cien pasos de la ciudad nos presenta una mezquita y un grupo de edificios turcos. ¡Es la montaña de Sion! ¡es el palacio y la tumba de David!

Quando el espectador está colocado sobre el monte Olivete, si entra en consideraciones puramente religiosas, no puede menos de recordar con terror que aquel es el sitio donde Jesucristo, sentado á vista del templo, habló á sus discipulos de las espantosas señales que debian preceder á la destruccion de este edificio sagrado, donde echó los ojos sobre esa ciudad desgraciada y lloró por las calamidades que la amenazaban: seguramente que no podia elegirse sitio mas imponente para lanzar contra Jerusalen el anatema.

Después de haber mirado á vista de pájaro el interior de una ciudad que á ninguna otra se parece bajo el aspecto político y religioso, no será inútil

y sin interés ver el conjunto que presentan las murallas que la rodean. No vamos á juzgar de una plaza fuerte; solo nos toca ver una especie de campo fortificado desde muchos siglos, en medio de una llanura estéril; una barrera opuesta á la rapacidad de los árabes del desierto: sobre todo, es curioso pensar que á corta diferencia tenemos delante la misma línea de murallas que bajo formas diversas, con principios de diferente arquitectura y en épocas bien distantes, ha visto tantos enemigos, recibido tantos ataques, y que á pesar del trascurso del tiempo guarda todavía tesoros inestimables á los ojos de los cristianos. Los turcos conservan regularmente esas fortificaciones para llamarse dueños de Jerusalen, recoger algunos miserables tributos y vendimiar á los que van á visitar sus ruinas.

El recinto actual de Jerusalen, que comprende el espacio de una legua, es casi cuadrado. Pero las murallas no ofrecen una línea perfectamente recta mas que por la parte de Oriente, pues sus demás fachadas son irregulares. Su altura es de unos ciento veinte pies sobre treinta de ancho con torres cuadradas de trecho en trecho y siete puertas principales. La de la *Bien Amada* conduce á Belen; las demás llevan el nombre del *Profeta David*, la *Puerta dorada*, hoy dia amurallada, la de la *Santa Virgen*, la de la *Aurora*, la de *Damasco* y la de los *Berberiscos*. Al Occidente se descubre un castillo con algunas torres rodandas de un foso, ó por mejor decir de una profunda zanja, donde de distancia en distancia se descubren las piedras que sostuvieron la antigua morada de Herodes: lleva el nombre de castillo de los Pisanos. Es sabido que estos se distinguieron mucho en la época de las cruzadas. Hoy dia sirven de cuartel para el Agá y sus tropas. Al Norte se prolonga la muralla hasta el valle de Josafat.

Recordando los diez y ocho sitios y saqueos que ha sufrido Jerusalen, puede uno formarse idea de la frecuente reconstruccion de sus fortificaciones, ya mas ó menos elevadas y grandiosas, ya mas ó menos sólidas y sobre un plan mas ó menos vasto. Pero la destruccion mas completa de las murallas de una ciudad que habia condenado á muerte á los profetas y desconocido al Mesías, tuvo lugar el año setenta de la era cristiana, reinando Vespesiano. Desplomáronse sus triples líneas de fortificación en el espacio de cinco meses que duró el sitio, y abrieron paso al vencedor sobre montones de cadáveres y de moribundos. Las llamas incendiaron lo que las máquinas de guerra habian dejado en pié, y el arado pasó sobre los cimientos del templo. Entonces se cumplieron las profecías: "Te estrecharé

rán tus enemigos, te destruirán á tí y á tus hijos, y no dejarán piedra sobre piedra, porque has desconocido á tu Dios: prediccion que llevaba la fecha de seiscientos años antes de su espantoso cumplimiento.

Las murallas actuales, á las cuales ha dado Chateaubriand tres vueltas á pié como Jonás al redor de Ninive, presentan cuatro lados á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo, cuyo principal lienzo corre de Oriente á Occidente. Daville prueba con medidas y posiciones locales que la antigua ciudad de los judíos no podia ser mucho mas grande que la moderna, pues ocupaba el mismo sitio, con sola la diferencia de que comprendia toda la montaña de Sion y dejaba en las afueras el Calvario. Las murallas que existen hoy dia son obra de Soliman, por los años de 1534, como lo prueban las inscripciones turcas que se descubren en ellas. Se ha dicho que la idea de Soliman era de comprender la montaña de Sion dentro del círculo de Jerusalem y que condenó á muerte al arquitecto por no haber ejecutado sus órdenes. Pero nada prueba esta barbarie, pues la ciudad está casi dominada por todas partes, de manera que para poder resistir á un ejército regular seria preciso construir muchas obras al Oeste y al Norte, así como una ciudadela sobre el monte Olivete.

En su conjunto, ese incompleto estado de las fortificaciones de la ciudad santa, es lo que le acarrea males sin cuento, pues todos los años unas tropas atrevidas excitadas con el cebo de tesoros que creen considerables y que no lo son en realidad, y animadas del orgullo de reinar sobre escombros y piedras cuyo nombre resuena todavía por la tierra y que son visitados con respeto por todos los pueblos, pueden impunemente hacer tentativas contra ella.

Rodean á Jerusalem algunos monumentos que recuerdan grandes cosas: vese el sepulcro de la Virgen abierto en el seno de una roca, y al cual se sube por una escalera de cincuenta escalones: en la misma montaña se hallan tambien abiertos á escoplo las sepulturas de Ana, de Joaquin y de José: si estos monumentos no fuesen realmente edificados para las personas cuyos nombres llevan, no por eso dejan de ser notables. Por otro lado, seria difícil fijar á qué siglo pertenecen. Al pié del santuario de la Virgen se ve el huerto de las Olivas, tan célebre en la historia de la pasion: tiene ocho olivos; segun la tradicion, existian ya cuando Cristo espiró en la cruz. Una parte del aceite que se extrae del fruto de estos árboles venerables, alimentaba una de las lámparas del santo sepulcro, y la otra se enviaba como un don precioso á los monarcas bienhechores de la Tierra santa: hoy

los frailes del convento latino se reparten las aceitunas, y de sus huesos hacen rosarios, que tienen gran valor para las almas piadosas. En el mismo valle se hallan los sepulcros de los reyes abiertos en la roca; pero su arquitectura, que es de orden jónico, desmiente la antigüedad que se les atribuye. El cementerio de los judíos está situado en el valle de Josafat, donde aspiran á reposar después de su muerte los israelitas refugiados en todas las naciones. El aspecto de este valle es sumamente triste, como dice Chateaubriand; el lado occidental presenta un acantilado de creta, que sostiene las murallas góticas de la ciudad, por encima de las cuales se ve Jerusalem. El monte Olivete y la montaña del Escándalo forman el lado oriental. Estas dos montañas son casi peladas y de un color rojo oscuro; en sus flancos desiertos se ven acá y allá algunas viñas, algunos bosques de acebuches, baldíos cubiertos de hisopo, capillas, oratorios y mezquitas arruinadas. En el fondo del valle se descubre un puente de un solo ojo construido sobre el torrente Cedron. Las piedras del cementerio de los judíos situado al pié del monte del Escándalo, nombrado así á causa de la idolatría de Salomon, se parecen á un monton de escombros, y debajo del pueblo árabe de Silvan apenas se acierta á distinguir las casuchas de esta aldea de los sepulcros que la rodean. Al ver la tristeza de Jerusalem ó al contemplar la soledad de las montañas, en que apenas se ven algunos vivientes; al ver el desórden de todos los sepulcros caidos, hechos pedazos, semiabiertos, no parece sino que la trompeta del juicio ha sonado ya y que los muertos van á resucitar en el valle de Josafat. La piscina ó fuente de Siloé está al extremo del valle de Josafat; el agua salta de una roca, pero no mana mas que de tres en tres dias, y cae en un estanque de veinte piés de largo y diez de profundo, al cual se baja por una escalera de muchas gradas. Cerca de Siloé y hácia Levante, se eleva la montaña de Sion, una parte de la cual está dentro del recinto de Jerusalem; la cima de este montecito presenta las ruinas de tres monumentos que suponen haber sido el santo cenáculo, la casa de Caifás y el sepulcro ó palacio de David; pero nada certifica la certeza de tales tradiciones.